

Los Colores en la literatura, la poesía y la vida

Eduardo Mora-Anda*

Discurso del Embajador Eduardo Mora Anda al ingresar en la Academia Ecuatoriana de la Lengua el 28 de octubre del 2010.

Señores:

Quiero agradecer profundamente al señor Presidente y a todos sus miembros por esta honrosa acogida en el seno de la Academia de la Lengua. En particular deseo agradecer las generosas y siempre lúcidas palabras de Hernán Rodríguez Castelo, un hombre que se distingue por la claridad y franqueza de su erudito pensamiento.

El Libro de los Proverbios dice que las palabras dichas oportunamente son como naranjas de oro (Prov 25:11). Ojalá que en este día mis simples palabras sean las apropiadas para esta ocasión tan importante para mi, conforme a ese sentencia que parece sevillana...

Cada acto del hombre en su vida, si es libre, es la expresión de un temperamento, del hecho de ser uno mismo y no otra persona y cada expresión de ese modo de ser y de pensar es, como diría Bergson, la exploración de una variable en la infinita gama de posibilidades que supone la evolución creadora, la evolución universal y humana.

Hoy he querido referirme a los colores en la Literatura, la Poesía y la Vida, y este tema, que puede parecer muy caprichoso o banal, es en realidad el tema del telón de fondo de nuestras vidas y el tema de la manera como tomamos y llevamos nuestra existencia, porque el universo y la vida humana son como una enorme gama de tonos y colores, y por tanto de opciones y de probabilidades. La evolución, desde hace mucho tiempo, está en buena parte en nuestras manos, en manos de los hu-

* Embajador de Carrera del Servicio Exterior Ecuatoriano.

manos, y cada elección y experimento no solo revela una preferencia, un gusto, un criterio o una cultura – o una falta de criterio y de cultura-, sino también unos efectos prácticos, unas consecuencias efectivas, porque tiene incidencia en la vida cotidiana y en la vida individual y en el futuro de nuestras sociedades. Así pues la tarea del escritor y el filósofo y el historiador, e inclusive la del pintor, se convierten en una labor social porque, al influenciar la vida del lector y de la sociedad, no solo son una expresión deseada sino también la obra magna de propiciar el Bien y la Verdad y la Belleza y, como dice el mismo Bergson, ir rechazando metódicamente el error, para llegar a lo verdadero...Y, desde luego, a la Libertad. Pues el espíritu es Libertad. Y lo que vale, siguiendo al Pragmatismo, es lo que tiene efectos reales, positivos y útiles, lo que funciona bien y sirve a la Vida...

Así pues al referirme a los colores no intentaré hablar de las teorías de Leibnitz ni los descubrimientos de Newton y de los físicos modernos, y apenas si rozaré la teoría de Goethe sobre los colores, sino que, en una andanza mucho más modesta y un poco caprichosa, como las que solía hacer nuestro buen señor Don Quijote de la Mancha, ahora iré por esos caminos y campos de la literatura, el arte y los libros, anotando tal o cual impresión, tal o cual colorido y fuerza o flaqueza, y sobre todo, tal o cual efecto o consecuencia, como si con-

templáramos un cuadro impresionista, o un Van Gogh, y de ello fuéramos deduciendo sus implicaciones en la vida diaria y en la historia....

Ya mencioné al comienzo que según los Proverbios las palabras oportunas son como naranjas de oro. Dorados son también al sol los hermosos naranjales y dorados los trigales y dorados son los sueños de los años juveniles. Todo amanecer y toda juventud implica tonos dorados. Con mis amigos, en larguísimas caminatas, cuántas veces inventábamos diez mundos posibles, o los reformábamos, casi sin llegar a nada, y cuántas veces también imaginábamos dulces e inefables idilios, mientras por delante nuestro pasaba, contradictoria y prosaica, la vida cotidiana...

“Juventud, divino tesoro...” El país ideal todavía no lo hemos forjado, excepto en la imaginación de algunos escritores utópicos o trascendentalistas. En realidad la ideación de las grandes utopías, cuando estas han sido buenas, ha tenido un papel importante en la historia y el progreso de la humanidad, puesto que al promover nuevos modelos y modos más amplios de pensar, han conducido a la mejora de las condiciones de vida, a la tolerancia y a la libertad, al propio concepto de los derechos humanos y a generar transformaciones sociales positivas. Y este es el ámbito en el que brillan, con luz interminable, desde Akenatón, el faraón monoteísta en el An-

tiguo Egipto, y Lao Tse en la vieja China, y el verdadero Zaratustra en Persia hasta el grande Tomás Moro con su “Utopia” y George Fox con su espiritualismo cuáquero, y Henry David Thoreau y Emerson con su trascendentalista humanista, y por supuesto Gandhi, con su resplandeciente sencillez.

Como hoy he empezado por el glorioso dorado, debo reconocer también que hay un vil dorado: el oro de la usura, el codiciado por los avarientos, ese dorado que enloqueció y produjo fiebres, muertes y espanto en las conquistadores de América, el dorado del cuento del Rey Midas, del oro que alucina y enloquece pero que no se puede comer...

Y también hay el falso dorado de las vanas glorias guerreras, de las águilas romanas y la esvástica nazi, de los grandes imperios y los ruines poderes, oro falso, oro para multitudes bobas que en realidad significa sangre, dolor y muerte...No, no, las así llamadas glorias guerreras no son doradas. Ninguna guerra es gloriosa. La guerra es negra y roja, negra de la maldad que nada suelta y roja de la sangre derramada...Y allí el único color que es noble y que bien puede cantarse es el de los héroes que se sacrificaron por salvar a sus pueblos, y la sangre de los mártires, que murieron por su Fe, por sus ideas y por las santas libertades...En vano retumban en nosotros los perfectos versículos de la Marcha Triunfal de Rubén Darío:

...Ya suenan los claros clarines,
La espada se anuncia con vivo reflejo,
Ya viene el cortejo, oro y hierro,
el cortejo de los paladines...

Stendhal intituló “Rojo y Negro” a una de sus grandes novelas, para retratar las contradicciones sociales de la época postnapoleónica. Pero para nosotros esos colores no son los de la decimonónica burguesía sino los de la guerra... Para nosotros, como decía el Lao Tse, el sabio fundador del Taoísmo, “Cuando se ha asesinado a muchas personas debería reinar la tristeza: una victoria militar debería celebrarse como si fuera un entierro...”.

El falso dorado corresponde a los falsos dioses, a los ídolos y falsos dioses del poder, la riqueza y el dinero...

Doradas han sido las coronas de los reyes, pero qué pocos reyes y gobernantes buenos ha habido...

Pero, a decir verdad, según el investigador John Blofeld, el color de los emperadores en la China clásica no era el dorado sino el alegre amarillo. Sólo que para nosotros el amarillo no es color propio de los emperadores medievales o feudales, sino el verdadero y simple amarillo de las florecillas silvestres y de las alegres mañanas. Como ya decíamos ayer, al anotar mis preferencias:

“Me gusta el color amarillo,
color de sol y de miel y de
alegría
Y el azul de mar abierto y el
de cielo despejado...”

Ese azul claro y límpido, cantado en los cuadros de Monet y cuyo nombre usó Rubén Darío para uno de sus más importantes libros...Azul purísimo, azul del día alegre que se abre a los campos y a las urbes no contaminadas, azul de la Naturaleza renovada, que esta es la característica principal de la Naturaleza y, si se quiere, del hombre: la renovación. Renovarse, renovación: hacer una catarsis, y traer novedad a la vida, abrirle a la vida todo aquello que hay de bueno, de humano, de cordial y generoso, de positivo y libre.... Henry Thoreau, el sabio de Concord que se marchó a vivir en un bosque, decía que cada mañana es una invitación para hacer una vida mejor y más sencilla. Y anotaba una sentencia del sabio chino Tchiang Thang: “Renuévate por completo cada día y hazlo una vez y otra vez, y así por siempre..”. “Hay mañanas, dice el mismo Thoreau, cuando el mundo parece que comienza especialmente de nuevo.. Es la hora del poeta..” Quizá a lo lejos resuena la campana de una humilde iglesia. Las neblinas se van esfumando, un sol todavía tibio tiende sus rayos sobre la yerba niña y verde...Y salimos a caminar-pues nuestro sino es el del caminante..Esta es la hora bendita de andar

y de creer y de orar y renovarse. El manto mismo azul celeste de la Virgen parece que se ha extendido sobre los cielos y ella nos acompaña mientras nosotros, simples poetas o humanos soñadores, deambulamos caprichosamente, porque un paseo, ya lo dijo alguien, no tiene otro propósito que el de dar un paseo...

Mi padre, que amaba el campo, describió así esa hora bendita del día que comienza:

“Todas las mañanas la zhulla (el rocío) mañanero le pone la camisa al campo. Cada hoja es una estrella. Sobre el prado brillan infinidad de aristas como si en el mortero de la noche hubieren triturados las estrellas... Los diamantes son gotas endurecidas. Las gotas sobre la yerba rien con los ojos niños de las esmeraldas...”

No, el día, para nosotros, no debe comenzar con espantosos noticiarios, ni con los gritos de la gente impaciente y estresada, que principia otro capítulo de apresuramientos, correrías y regateos mezquinos. No. La temprana mañana es la hora del poeta, es la hora del místico, es la hora del caminante, es la hora del hombre libre, libre de reglas, libre de dogmas, libre de afanes pequeños, que simplemente pasea... Y bien podemos imaginarnos a un pensador, digamos a Henri Bergson o a Montalvo, o a Montaigne, o a Don Miguel de Una-

mino, deambulando por esos caminos y calles de Dios, en la mañana traslúcida y celeste, pensando libres, serenos, felices, sin prisas, sin presiones, quizá con un libro en la mano y con una intraducible canción en el pecho.... O bien podemos pensar en un "pequeño filósofo", como se llamaba a sí mismo Azorín, que columbra la azulada lejanía y los amistosos perfiles de la pequeña ciudad que despierta en medio de una milagrosa transparencia... Como decía Thoreau, "Estar despierto es estar vivo".

Un nuevo día es una renovación, otra oportunidad que Dios nos da, un nuevo ciclo que vivir en el peregrinaje que es la vida. Y lo podemos vivir como si fuera otro pedazo de lo mismo, otro sección de la monotonía o la repetición desesperante, que es de la que se habla en el libro aparentemente pesimista y decepcionado que es el *Eclesiastés* cuando dice: "Qué es lo que fue? Lo mismo que será; que es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará, y nada nuevo hay bajo al el sol..." Aburrimiento o pesimismo que también asoma en Bécquer cuando dice:

Hoy como hay,
mañana igual que hoy,
Y siempre igual
un horizonte gris,
un cielo azul
y andar y andar..."

Pero no, estas no son las notas con que nos afinamos, mejor dicho,

estas notas no son las que corresponden a nuestro temperamento y a nuestro corazón. Son notas desafinadas, erróneas, metálicas, gritos de la desorientación y la vida malgastada...A nosotros nos llaman las voces humanísimas del optimismo. Benjamin Carrión, el admirable hombre que habitó esta casa, decía siempre que él prefería ser optimista. El mundo, el país, la humanidad, necesitan de una renovación moral y espiritual y ese optimismo es inmensamente importante para el desarrollo humano y social, y ese optimismo es el que nos hace falta aquí, ahora, en nuestras tierras, en nuestra patria...

Somos, seamos, al caminar así, despreocupadamente, por un momento enteros, libres, tranquilamente, serenos. Para nosotros cada día, cada recomenzar de la naturaleza, sea una oportunidad flamante y limpia, como el vuelo inédito de una ave... Y aquí cabe repetir ese maravilloso poema de Juan Ramón Jiménez:

"Dios está azul. La flauta y el tambor
anuncian ya la luz de primavera.
Vivan las rosas, las rosas del amor
En el verdor con sol de la pradera!...
Vámonos al campo por romero,
Por romero y por amor..."

Cuentan que San Vicente de Paul, cuando salía temprano a realizar sus caridades, solía decir: “Hermoso día de Dios para realizar el Bien...”. Y la humanidad, señores, ya sabe mucho de esto. La humanidad ya ha pasado por innumerables tragedias, por muchos horrores, por inútiles guerras, por horrendo genocidios, por grandes calamidades sociales, por ridículas estupideces y desperdicios de tiempos, y por gigantescas crueldades...

Ahí está la historia de emperadores, Calígulas y Nerones, de Genghis Khans y puritanos e inquisidores, de Hitler y Mao, de Stalin y Pol Pot. El día, el color, la vida, no han sido hechos para esas barbaridades. La vida ha sido hecha para la vida, y felizmente, me atrevo a apostar, que a la final la vida triunfará...A la final, cuando uno mira las fotografías tomadas en la Alemania en ruinas de 1945 no hubiera podido pensar que después allí mismo, sobre esas ruinas, aparecería un país próspero y ordenado, en el que se disfrutaría de derechos y de libertades, de cultura y de seguridad...La vida se agota, parece agotada en la destrucción que hacen los hombres y los cabecillas infames, pobres criaturas que destruyen lo poco que hemos armado, y a nuestros prójimos y aun a nuestro Planeta. Pero la Vida, felizmente, no está completamente en nuestras manos, hay una sincronía natural y una Providencia en que creo, y la vida vuelve, renace, reap-

rece, como vuelven las olas, como la lluvia vuelve. Como decíamos antes:

“Suelen las yerbas mostrar su alegría hasta en los muros vencidos y las ruinas. En los corrales más sórdidos, entre basura y despojos, también asoma triunfante y sonriente, el amable rostro de la vida...”

Muere un hombre, ilustre o no, con nada o mucho que mostrar de su vida, vida vacía o rica, que eso es de cada uno y de la sociedad también, pero nace también un niño, reaparece una flor, canta una ave, gorjea un río y hoy en día las flores se han vuelto a abrir en los parques de Hiroshima y Nagasaki, que la barbarie destruyó con la bomba atómica...Y con el nuevo día nosotros también podemos lavarnos del pasado, renovarnos, bañarnos en la pureza de la oración y la inspiración, y salir a hacer el bien, y no a repetir las vulgaridades prosaicas y errores del pasado...

Por eso para nosotros el horizonte de la existencia tiene un color optimista: el color azul claro. Azul de oxígeno, de cielos limpios, de mares vivos, de nuestro planeta con Vida, con vida riendo y corriendo y cantando, como una quinceañera...

En un vuelo sobre la Isla antiguamente llamada Española vi la tierra del lado de Haití y la vi desolada y sin bosques y vi el mar y era gris, ya sin peces, agotado, esquilado, un mar muerto, y al pasar, gran frontera visual, al sobrevolar la República Dominicana, era la tierra

verde, pródiga y poblada de árboles y sembríos, y la mar era azul y verde, con ese color transparente y único del Caribe, porque era un mar lleno de vida, de algas y de peces y esperanzas, un mar y un país no agotados, un medio ambiente que se había respetado más y en el que la vida seguía y cantaba...

Un himno de los indígenas sioux de Norteamérica empieza diciendo:

“Que nuestro día sea azul...”

Y yo he tomado esta frase de ese hermoso himno piel roja para hablar de una de mis esperanzas:

“Que nuestro día sea azul,
Que yo te encuentre
más Allá de la angustia y la
distancia
junto a los grandes bosques y
los mares,
en el verdor soleado de los
campos...
que retornes a mí, como el sol
vuelve,
Como el tiempo y la luz
que nos dan ánimo,
Como el día regresa,
Amigo,
Siempre...”

Puntualidad del día, puntualidad del sol que regresa para alumbrar la atmósfera y producir el milagro de la fotosíntesis en los prados y hojas, puntualidad de Dios que vuelve. Las cristianas Escrituras anun-

cian repetitivamente que el Salvador retornará en breve, e igual esperanza está en otras religiones, en el Zoroastrismo o religión parsi, en el Budismo, aún en el Islamismo. “He aquí que yo vengo pronto y mi galardón conmigo para recompensar a cada uno según sea su obra” dice el Apocalipsis, pero la hora, afirma Jesús, solo la sabe el Padre de los Cielos. En vano ciertos predicadores milenaristas y fundamentalistas anunciaban las fechas en que tal regreso se produciría. No se produjo. Quedó la secta, o las sectas, pero no hubo ese regreso programado. Es un misterio, puesto que para Dios, también dice la Escritura, mil días son como un día...Y sin embargo se atribuye al profeta Mahoma una frase que a menudo se olvida: “Cuando llegue el fin del mundo no habrá nadie más para purificar la religión que Jesús, el hijo de María”...

Pero volvamos al azul. Lo veo así como comienzo de día, como renovación, o para usar el título de una buena novela, como “La segunda oportunidad”..

“La vida quiere más
vida,
La vida quiere cantar,
la plenitud, como el mar.
Quiere la azul libertad”.

Y del azul pasamos al malva y al violeta y al morado, que mezclando el azul y el rojo en distintas proporciones, tienen significados distin-

tos..... El violeta en la Literatura se asocia con la evocación, la melancolía y la nostalgia. Leopoldo Lugones escribía:

Largas brumas violetas
flotan sobre el río gris
y a allá em las dársenas quietas
sueñan oscuras goletas
con un lejano país...

El violeta y el gris aquí caracterizan rápidamente el ánimo y el escenario y el poeta pone en las goletas, proyecta en esas naves, su nostalgia, su melancolía, su deseo innombrado de algo... De algo tal vez desconocido, pero que le hace falta, que por ahora no alcanza...

Algo parecido miramos en ese sencillo y hermosísimo poema de Juan Ramón Jiménez:

Tristeza del dulce campo,
La tarde viene cayendo.
De las praderas lejanas
Llega un suave olor a heno.
Sobre la colina el cielo
Es tristemente violeta.
Canta un risueñor despierto...

En este apunte bucólico, el poeta, el risueñor despierto, habla de los suaves matices del crepúsculo campesino, pero la impresión sentimental de melancolía está dada por el cielo violeta...

De esos tonos nostálgicos, melancólicos, al rojo, no hay una transición sino un salto. El rojo es un color

fuerte y violento. El rojo se identifica con la energía, con la vitalidad, con la sangre, con las pasiones. La enseña de los Luises, de los reyes franceses, era azul y blanco. Como se canta en La Marsellesa, la Revolución de 1789 tiñó de rojo esa bandera y así fue el rojo agresivo, que usaron también en el pasado las temibles legiones romanas, el rojo del cambio violento, el rojo de la guillotina, de la soberanía mitológica de Rousseau y del Comité de Salud Pública, el rojo del racionalista Robespierre que acabó decapitado por el mismo monstruo que engendró... Desde entonces, muchas revoluciones tuvieron al rojo por bandera: la comuna de Paris, la Revolución Rusa de 1917, la Revolución de Mao en China... Y fue una idolatría y el culto soberbio de la personalidad y un libro mediocre y rojo los que sembraron de iniquidad y muerte con la así llamada Revolución Cultural, que causo tantas víctimas y destruyó gran parte del legado cultural de la antigua cultura china. Curiosamente, Mao Zé Dong era un gran poeta pero compuso una cartilla mediocre...

El color rojo a solas es un desequilibrio, es una explosión, es dinamita, es un desafuero. La Naturaleza, tan sabia, no lo pródiga: lo dispersa, lo expande y lo transforma, como en las expansiones de la energía cósmica en el espacio sideral, que van cambiando de tonos y abarcan toda la gama de las posibilidades cromáticas, o como en los paisajes

de la hermosa España: en medio de los dorados trigales, he visto la roja amapola, como una pincelada de dicha y de travesura. Y esto lo recogió Juan Ramón Jiménez en una canción, que se hizo popular hace mucho tiempo y decía:

Novia del campo, amapola,
que estás abierta en el trigo,
Amapolita, amapola,
¿Quieres casarte conmigo?

El mismo encanto del rojo lo podemos hallar en los cuadros de Joaquín Sorolla y los célebres retratos de Julio Romero de Torres. Un clavel en el pelo de la joven andaluza, el pequeño traje o el juguete del niño que juega en la playa luminosa...La misma travesura que hemos encontrado, en un estilo completamente diverso, en los cuadros vivaces de Joan Miró...

Y me inclino a creer que el verdadero progreso de la humanidad no se consiguió con la violencia del rojo desencadenado sino con las reformas sensatas, firmes y oportunas. Para implantar el Código Civil y el orden administrativo, Napoleón tuvo primero que acabar con el terror de la Francia enloquecida. El verdadero progreso de la Humanidad es obra de la sabiduría.

Y del rojo atenuado por el blanco llegamos a los distintos tonos del rosado. Se dice que este color más pasivo es el color de las niñas, de los mitos amorosos y de los amores ju-

veniles. A mi no me parece así. Este es un convencionalismo como otros. En Occidente el negro ha servido para expresar el duelo. En Oriente era el blanco, pero los primeros cristianos iban a los entierros de blanco, porque creían ellos que quien los dejaba iba al Cielo...

En realidad el amor parece multicolor porque representa muchas cosas: la sorpresa del descubrimiento y el hallazgo, la ilusión, la química personal, la intensidad, la pérdida, la pasión desmesurada, la evocación sin medida...Pero en realidad, si podemos decir que la transparencia es un color, hay que afirmar que el verdadero amor es transparente porque el amor ideal, cuando lo rozamos o encontramos, en verdad no es dorado, ni azul ni rosa, sino inefable, inexpresable y evanescente...Como bien anotaba el poeta Damaso Alonso:

... Vino queda y suave.
Ni materia ni espíritu.
Traía
Una ligera inclinación de
nave
Y una luz matinal de
claro día.
No era de ritmo.
No era de armonía
Ni de color.
El corazón lo sabe,
Pero decir como era
no podría
Porque no es forma
ni en la forma cabe...

Hay rosados de mal gusto, vulgares, chillones, "chagras", como se diría en Quito, "huachafos", como se dice en Lima...Para mi denme los colores de la buganvilla, esta planta florida, aparentemente inútil, que hace la delicia y la decoración de muchos lares hispanos...Con nombre francés, porque la divulgó Monsieur de Bouganville, la decorativa planta ha llenado de alegría los paisajes y no sólo en Francia y sus antiguas colonias sino también en España y las suyas y no solo con rosado: he encontrado hasta siete colores de buganvillas: blancas, rosadas, amarillas, color ladrillo, violetas, moradas más oscuras y discretamente rojas oscuras como el buen vino tinto...En Guatemala las he visto silvestres, en los campos. Si la violencia y la segregación, si el sectarismo y la codicia, ayudados siempre por la ignorancia, no hubieran estropeado la historia de Guatemala, ahora ese país de clima perfecto y hermosísimos paisajes sería una pequeña Suiza de habla castellana y veintidós dialectos mayas....

Ahora bien, volviendo a la Naturaleza, pienso yo que en la vida cotidiana y en la historia de la humanidad el antónimo del negro, que es muerte y es nada, no es el blanco, como se piensa en Cromática. En la teoría cromática el blanco es la suma de todos los colores y el negro es su ausencia: la ausencia de oxígeno, de atmósfera, de aire, el vacío del espacio sideral, el vacío de las depre-

siones y de los suicidios. El agujero negro que se traga la materia. No, en la vida histórica y en la historia natural pienso yo que el antónimo del negro es el verde de la vida, el glorioso verde de las praderas ubérrimas, de los perfectos paisajes suizos y austriacos, de los bosques inmensos y solemnes de Finlandia, retratados en un himno por Sibelius....Verde de yerba, de fruto, de árbol nuevo. Verde de mar con vida, con algas, con futuro. Y verde de tierras fértiles, de países alegres y productivos...

Ya Nicolás Guillén describió a Cuba como

“ Un largo lagarto verde
Con ojos de piedra y
agua...”

Y no podemos dejar de citar la preciosa muletilla poética de García Lorca:

“Verde que te quiero
verde,
Verde viento y verdes
ramas,
El barco sobre la mar
Y el caballo
en la montaña...”

Pero también, se da el verde que extrañamos, el verde de la ausencia, el verde que ya solo es memoria, el de la fecundidad que ya no existe, el verdor de los campos que la ignorancia y la codicia humanas arrasaron y pavimentaron o convirtieron en de-

siertos y tierras erosionadas...Como escribíamos un día:

“El torpe muro, el
inhumano hierro
cubren la tierra inmaterial y
buena
donde cantaban antes los jil-
gueros
y el río hablaba sus murmu-
llos lentos...”

En Gales, Richard Llewellyn escribo una hermosa novela para narrar la tragedia de la gente que perdió su verde país en manos de los explotadores de las minas de carbón, que dejaron toneladas de hollín y desperdicios y contaminación ambiental. Su título lo dice todo: “Cuán Verde era mi Valle”.

En nuestro país, lamentablemente, también podemos escribir algo semejante sobre algunas zonas que han sido utilizadas torpemente. En Quito, por ejemplo, se urbanizaron muchas haciendas ubicada al sur que tenían la capa de humus más profunda del país!; cuando la población bien podía desarrollarse hacia otros sectores menos fértiles... En Loja, en mi terruño, se sigue terminando con el hermoso valle de Cuxibamba- verde paisaje salpicado de sauces – para hacer horribles urbanizaciones baratas, depósitos de maquinaria y botaderos de basura y para explotar la arena, cuando bien se podían urbanizar las colinas próximas a la ciudad, reglamentar

mejor el uso de las tierras y prohibir la extracción de arena de los ríos. El cronista Fray Bernardo de Lizárraga en sus descripciones de las Indias (de fines del siglo XVI) describía al valle de Cuxibamba (“valle feliz” o “delicioso”; en lengua indígena) como “alegrísimo, de grata arboleda, por medio del cual corre un río de saludable agua” (ahora muy contaminado)... Y en la hermosísima llanura de Tarqui, cerca de Cuenca, y aun en Chaullabamba y también acá cerca, en Machachi, hemos visto también ya algunas industrias y bodegas, cuando ese esplendor bucólico, bien podría preservarse para las labores agrícolas y ganaderas...Y qué decir de los grandes bosques de Esmeraldas...

¿Acaso no estamos viviendo ahora los terribles efectos de los cambios climáticos producidos por la eliminación de los bosques, por la sobreexplotación de los campos? . ¿Acaso muchas de esas colinas y valles del Asia Menor y el Oriente Medio no fueron un día bosques ubérrimos que civilizaciones guerreras, depredadoras, temibles, como los asirios, fueron aniquilando, tronchando, hasta que se hizo el desierto? E igual sucedió en las partes altas del gran Valle del Indo . En la Biblia, em el libro del profeta Zacarias, hallamos el patético clamor cuando este hombre santo clama por los bosques arrasados para hacer los caprichos de los reyes impíos:” Aúlla, oh ciprés, porque el cedro cayó,

porque los árboles magníficos son derribados. Aullad encinas de Basán, porque el bosque espeso es derribado...!” (Zac. 11:2). Y fíjense, la misma crónica bíblica registra que, para construir el templo de Jerusalén, – supongo que el cronista exagera- Salomón designó a ochenta mil hombres para que cortasen cedros del Líbano destinados a edificarlo (2 Crónicas 2:2-3). Y otro caso: el Nordeste brasileño, era un territorio fértil y verde hasta que llegaron holandeses y portugueses a talar todo el “palo del brasil” y sembrar un monocultivo – la caña de azúcar...

Y, volviendo al templo de Jerusalén, situado ahora en un lugar tan disputado, yo me pregunto: ¿acaso era necesario ese templo triunfalista?, ¿no era mejor rezar en los bosques, ante el verde inmaculado de los campos, en la alegre soledad del Valle único?...El místico cristiano ortodoxo Juan de Juan de Petchenga decía: “ Bienaventurado aquel a quien el Señor llama a vivir y a orar en los bosques...” Por algo Jesús afirma que ya llegará la hora en que no se adorará a Dios en Jerusalén o en el monte sacro de los samaritanos sino espíritu y verdad...Y me acuerdo ahora que el gran místico y poeta bengali Rabindranath Tagore decía: “Corazón mío calla, que estos grandes bosques solemnes son oraciones...” Y nosotros aquí, en el Ecuador, en la América Latina, ¿tenemos esa conciencia, tiene el pueblo, ese respeto hacia el bosque y

ese concepto de la sacralidad de la Vida? Sin ese valor, sin ese concepto de respeto a la vida, al agua y al aire, como diría Zaratustra, la supervivencia de la vida humana se halla en grave peligro. A Julio César y otros romanos que escribieron sobre los celtas les admiró que sus sacerdotes, los druidas, no tuvieran templos sino que consideraban a los bosques por lugares sagrados y que allí ellos realizaran sus ritos, en vez de derribarlos para hacer fortines...

Y llegamos al blanco . La luz blanca se descompone en el arco iris: exhibe todas sus bellas posibilidades, la infinita gama de los vivos colores. Según la Cromática el blanco contiene a todos los colores. Y por eso, lo sabemos todos, el blanco ha significado y significa la integridad, la santidad, la pureza. El Ser completo. En el Apocalipsis veinticuatro anciano vestidos de blanco, que supongo son los profetas y apóstoles, adoran al Mesías, al Cordero...Y blanca es la hostia consagrada, que recuerda y es presencia del Mesías muerto en la cruz. Como decía el muy quijotesco Don Miguel de Unamuno en “El Cristo de Velásquez”:

Blanco tu cuerpo está como el espejo
Del padre de la luz, del sol vívífico;
Blanco tu cuerpo, al modo de la luna
Que, muerta, ronda en torno de su madre,

nuestra cansada vagabunda
Tierra;
Blanco tu cuerpo está como la
hostia
del cielo de la noche soberana,
de ese cielo tan negro como el
velo
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno...
(...) triunfador de la muerte,
que a la vida
Por Ti quedó encumbrada (...)
Mientras la tierra sueña soli-
taria,
vela la luna; vela el Hombre,
vela el hombre sin sangre, el
Hombre blanco
como la luna de la noche negra;
vela el hombre que dio toda
su sangre
porque las gentes sepan que
son hombres...”

Qué notable contraste logra
aquí el poeta, y agudo pensador,
entre la noche negra y el blanco de
la luna y el Jesús desangrado...Es el
contraste que nos ilumina y esplende
en esa inmortal obra de Velásquez...

El blanco es la suma de todos
los colores, el blanco es la plenitud.
Blanca era la túnica de Jesús, y di-
cen que era de una sola pieza... Un
hombre cabal, un hombre libre, es
en verdad un hombre entero, bien
integrado, pleno. De una sola pieza.
No un robot, no un desequilibrado,
no un servidor de ídolos y mitos.
Es también el significado de toda la
plenitud de las criaturas. Por eso el

caballo de la paz, en el Apocalipsis,
es blanco. Porque la paz es esa ple-
nitud de las naciones y la felicidad
de los hombres buenos y generosos...

En el blanco se reúne toda la
gama cromática, todo la variedad
de la vida. Y, decimos entonces, una
vida sabia, una sociedad equilibra-
da, son una reunión y un equilibrio
de todos los elementos – alma, espí-
ritu, cuerpo y aura- y de todos los
bienes de la Vida y virtudes...Tal vez
por eso Gandhi se vestía de blanco e
igual lo hacían los sacerdotes drui-
das y lo hacen muchos jainas...

Y blanco es el color del papel,
de este invento que sucedió al papi-
ro para la confección del libro. Del
libro, que siempre ha sido un ins-
trumento de la civilización y de la
libertad, un elemento esencial para
la libertad humana. En la China, el
emperador Chi Huan Ti dio orden
de quemar todos los libros, todo el
pasado, y, en su megalomanía, que-
ría así empezar todo de nuevo en su
enorme su imperio amurallado, y
tanto la Inquisición como los nazis
hicieron quemas de libros, hogueras
de libros heréticos o judaicos. Pero
el libro siempre salió triunfante, li-
bre, suelto, ajeno al sistema, liber-
tario, instrumento de libertad, de
reflexión, de vida personal y medi-
tación personalísima. El Tao Te King
y el I Ching y los textos Confucio,
entre otros, sobrevivieron a las fog-
gatas del emperador de la China y
a la Revolución Cultural de Mao, y
el libro triunfó sobre las hogueras de

la Inquisición, y no solo dio lugar al Renacimiento y las Reformas religiosas, sino también a la Ilustración y la vida de la Europa moderna. En vano la Unión Soviética proscribió al “Doctor Zhivago”.

Bueno es que sepamos que la egolatría y el poder de los reyes y tiranos de la tierra son como imperios de barro que pasan y no duran y el viento sopla sus restos, pero quedan los libros y queda la escritura y la palabra. El libro.. Por eso en la novela Fahrenheit 471 Ray Bradbury propone bien al libro como un instrumento subversivo, límpido, verdaderamente revolucionario. Después nadie sabrá los nombres de los politiqueros de turno, salvo quizá el de algunos tiranos que llegaron a grados apocalípticos, pero la gente todavía amará al libro, su libro, esa computadora que no se daña y que no sirve para vigilarnos. Y la humanidad sabrá de Lope y Cervantes, de Shakespeare y Neruda y de Rubén Darío y de Amado Nervo. No sabemos bajo qué Rey o tirano pensaron y escribieron Pitágoras y Epicuro, pero sabemos sobre Epicuro y Pitágoras...

Y hablando de colores y de libros, no hay que olvidar que el gran novelista ruso Fedor Dostoyevski recogió mucho de la ternura y la poesía del amor límpido en sus célebres “Noches Blancas”... Muchas cosas buenas son blancas, como las nubes, como las olas que bailan, como las garzas. Y sin embargo Herman Melville, en esa gran novela que es

“ Moby Dick” , nos quiere presentar otra blancura, otra simbología, de algo abominable: esa enorme ballena que encarna el mal y el daño y la fuerza brutal y que es la obsesión del capitán Acab, su víctima. Moby Dick es una representación del mal que hay que matar y combatir sin tregua... Borges aquí apunta a un blanco sucio y sin encanto, a una blancura monstruosa...Se trata de una blanco que lleva a la destrucción, de un blanco sin sentido, destructor, totalitario, que aniquila a los seres pequeños, que aniquila las libertades, la vida en su variedad. Es el Leviatán que aplasta al individuo..

En la historia el escritor, el pensador y el reformador tienen que ser predicadores de la libertad y, como caballeros andantes, han de acabar con el error destructivo, con el error demoníaco y masivo, con el poder total de la ambición y la avaricia, desde un principio predestinado al fin apocalíptico, porque lo que tiene que triunfar es la libertad, el bien y la verdad y la belleza.

Muchas gracias.